

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existen depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barbaró, 16, Barcelona. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 260

25 cts.



**SU
MAJESTAD
EL CORAZÓN**

POR

LUCY DORAINÉ
Filmoteca
de Catalunya

EICHBERG, Richard

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12
Administración | Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 260

Der Prinz und die Tänzerin (1926)

* SU MAJESTAD EL CORAZÓN

Vodevil cinematográfico tomado de la obra
del mismo nombre, de Leo Birinsky

con Lucy Dornale, Willz Fritsch, Hans Albert

Fritz Kampff
Superproducción EMELKA FILM INTERNACIONAL (Alemania)

Exclusiva de

E. GONZÁLEZ - MADRID

* Screen Series Germany: 83; 4, 108, 179

Representante para Cataluña, Aragón y Baleares:

INTERNACIONAL FILMS

Valencia, 292-BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
IRENE RICH

↓ i Dictionnaire Cinéma Uni-Seriel
de Jeanne/Fra: Veure: EICHBERG
ou Français "Le Prince et la Danseuse" 203





SU MAJESTAD EL CORAZON

Argumento de la película

En la habitación de Lulú reina un gran desorden. Por las sillas derribadas y los cuadros torcidos por efecto de los almohadones que salían disparados como proyectiles de las manos de la bella artista; por el ruido de los muebles al ser bruscamente empujados, y por la chillería ensordecedora que con sus gritos producía la bella Lulú, cualquiera hubiera creído que una gran desgracia, tremenda, debía sucederle...

Oigamos a Adolfo Supert, agente artístico y persona de toda su confianza, que en estos momentos de crisis está con ella:

—Desahógate, querida amiga. Eso es muy lógico... aunque completamente inútil. La falta de dinero no se remedia rompiendo cacharros.

El tren en extremo fastuoso que está llevando la celebradísima artista Lulú, dueña y señora de los cabarets de moda, la ha dejado en una situación pecuniaria horrible.

Falta pasar aún medio mes y no queda ya una sola peseta en la casa...

—Una dependiente del modisto trae el abrigo de la señorita.

Recompónese sus desordenados cabellos, da a su faz un alegre y sonriente carácter, y sale a ver la prenda que acaban de traerle. Se lo prueba y dice a la señorita que se lo trae que está muy bien.

—Tengo orden de mi principal de no dejar el abrigo si no me abonan su importe — dice la empleada.

Al escuchar aquello, Lulú tornóse sinceramente agría, y con un gran gesto de desdén devolvió el abrigo diciendo que, si pensaba recojerlo, ya iría ella.

Ahora su furor fué aún más tiránico. Necesitaba un sedante para sus nervios, tersos y vibrantes; algo que la dejara soltar las lágrimas que en sus ojos pugnaban por salir. No tener dinero para continuar con aquel tren que tanto la halagaba, y no poder dar fiestas, ni estrenar trajes, ni cambiar de joyas, era humillante. Pero al extremo a que había llegado de no tener ni para lo indispensable, esto ya era vergonzoso...

Colérica, levantó un hermoso jarrón de porcelana de Sèvres y lo dejó caer al suelo, haciéndose mil pedazos. Quedó al descubierto un hermoso billete de mil marcos, que seguramente quedaría allí en tiempos de mayor opulencia.

Aquello podía ser la salvación. Ya que la

suerte empezaba mostrándose propicia, ¿quién sabe? Por la noche, irían a casa de la baronesa Delia, donde había una fuerte partida de "baccarat" y...

Lulú era una muchachita de cuerpo grácil, más bien pequeñita, sin ser insignificante; con una cara encantadora que guardaba mil promesas, sombreada por unos ojos negros, grandes, de pobladas pestañas, y por una nariz finamente aguileña. Su pelo, negro, cortado a la *garçonne*, daba un mayor realce a aquel ser que parecía no debía dejar nunca de ser una chiquilla.

Vestida con un lujoso traje de tisú de seda y magnífico abrigo de pieles, presentóse por la noche Lulú a "épatar" a todas las contertulias de la Baronesa. Los salones estaban amueblados regiamente, y hoy la luz lucía con más profusión, pues se esperaba la visita de un Príncipe, nada menos que el príncipe Rodolfo de Berania, que se hallaba de incógnito en Berlín.

También con este motivo habíase procurado que los asistentes a la fiesta fueran todos personajes de los que brillan por su arte o por su dinero. Entre estos últimos contábase el nunca bastante bien ponderado, por sus riquezas y su fastuosidad, el señor Bolinsk, honorable comerciante de lentejas al por mayor. Tenía el doble defecto de ser bruto, brusco y grosero, en una pieza, y de tener una facha deforme, aumentada por sus grandiosas y descuidadas barbas.

En aquel momento tenía él la banca, y Lulú fué a arriesgar allí sus mil marcos en cinco posturas, que perdió.

Poco después llegó Su Alteza, vestido correctamente de frac. Guapo y fuerte, de buena



—¿Tendrá usted la bondad, señorita, de sentarse a mi lado?...

estatura. Al ver que el señor Bolinsk dejaba la banca, tomóla él, y viendo frente a sí a una mujer que le llamó la atención por su hermosura y porque le miraba fijamente con sus grandes ojos negros, la invitó, cortés y galante:

—¿Tendría usted la bondad, señorita, de

sentarse a mi lado? Estoy seguro de que su proximidad ha de traerme la buena suerte.

Gozosa y triunfante, así lo hizo ella. Y tal como el Príncipe había augurado le salió, pues ganó una buena partida de billetes.

Después de la media noche empezó el desfile. Bolinsk había quedado sin dinero, y aún galleaba, pues su capital no se terminaba con aquellas cuatro monedas que había perdido, según decía él pomposamente. Y no le envidiaba al Príncipe el dinero que acababa de ganar, no; sino la novia; pues Lulú, que había simpatizado con el alto personaje, se había engarzado a su brazo, y salían los dos juntos para pasear y respirar el fresco y saludable aire de la noche.

Ya en la calle, y en un paraje solitario, salieronles al encuentro cuatro hombres armados.

—¡Alto, Tirsandi! Bastante tiempo que te venimos persiguiendo.

Era la policía que le iba a detener.

Lulú, en un arranque orgulloso de dignidad ofendida, pretendió defenderle:

—¡Ignorantes! ¿No véis que es el príncipe Rodolfo de Berania?

El jefe sonrió y, mientras esposaban al detenido, la dijo:

—Ya sé que acaba de engañar a ustedes, y de timarles los cuartos. Ese individuo es un estafador muy ladino... El verdadero Príncipe hace muy poco que ha llegado a Berlín.

Y dejáronla sumida en el más grande estu-

por de su vida, y lamentándose, en el fondo, de que aquél no fuera el verdadero Príncipe, que hubiera sido su salvación.

Cuando al día siguiente su amigo Adolfo Hupert supo por Lulú la poca suerte que ésta había tenido al dar con un timador en lugar del heredero de una corona, tuvo un gran disgusto, sobre todo por el gran ridículo en que iban a quedar frente a sus amistades, que tanto comentario hicieran de lo rumboso, espléndido y decidido del personaje. Luego se le ocurrió a Adolfo Hupert:

—Tengo una idea... Como nadie se ha enterado de lo sucedido, vamos a dejar a la gente en la creencia de que estás en relaciones con el Príncipe.

—Es verdad... Y entonces los acreedores cesarán de molestarme y acaso me abran nuevo crédito.

—Sí; yo lo arreglaré todo. Sobre todo contando con la credulidad de nuestros estúpidos amigos.

A los tres días se repitió, por parte de Lulú y su amigo, la visita a casa de la baronesa Delia. Llevaba ya aquel célebre abrigo que en otra ocasión no quisieron entregarle por no pagar, y que causó general admiración.

Adolfo Hupert, como buen agente artístico, sabía manejar de manera diestra la farsa que con Lulú habían tramado.

—Mi enhorabuena, querida Lulú... — decía una amiga, codiciosa de su suerte.

—Ya se conocía que era un Príncipe... ¡Ha-

bía que ver su arriesgada manera de jugar!
— decía otra.

Tuvo que excusar la ausencia del Príncipe; por poderosas razones de Estado, había debido quedar con el Embajador de su país.

Esto alegró a un personaje, que por lo visto había quedado muy resentido de Su Alteza. Fué Bolinsk. Dirigióse al encuentro de Adolfo Hupert y le dijo:

—El Príncipe me ganó el dinero, pero yo he de quitarle la novia. El será Príncipe y rico, pero yo, sin ser Príncipe, creo que tengo más cuartos que él.

Y después de ensalzarse a sí mismo lo suficiente, acabó por pedirle, como un favor grandísimo, que le presentara a Lulú para poder deslumbrarla con su palabrería grotesca, que él creía oratoria perfecta, y con su "cuartos", sobre todo con sus cuartos.

*
**

El verdadero príncipe Rodolfo de Berania llevaba tres días en Berlín. Era un muchacho joven y sumamente simpático. Vestía sobriamente, con una elegancia exenta de los refinamientos modernos.

Durante los días que llevaba en Berlín no había hecho otra cosa que aburrirse. Pauling, el primer chambelán, y Hermann, el segundo chambelán, persuadidos de la gran responsabilidad que contraieron al hacerse cargo de la persona del Príncipe, no le dejaban dar un

paso por la capital como no fuera en su compañía.

Rodolfo de Berania, cuya sangre pedía libertad, a veces, dábase ahora más que nunca cuenta de que los altos personajes tienen, como reverso de sus muchas satisfacciones, la contrariedad de no ser dueños de sus actos.

Aquel día quería salir, solo, sin los cuatro ojos inquisidores y vigilantes de sus adictos chambelanes.

—Señores, les agradezco mucho el interés que por mí se toman... Pero mi gratitud sería mayor si me dejaran con entera libertad.

—Ya sabe, Alteza, que si le ocurriera algún contratiempo seríamos nosotros los responsables ante Su Majestad.

Les ordenó fueran a prepararle la comida; y él, saltando por la ventana situada al pie del jardín, desapareció del hotel sin que nadie se percatara, dando con esto un susto mayúsculo a los dos chambelanes, que temían le fuera a ocurrir cualquier percance.

En cuanto se vió en la calle, solo y libre, Rodolfo respiró con fuerza; y temiendo ser visto salió corriendo tras un autobús que pasaba entonces; cuando lo alcanzó, subió al imperial para observar si le habían visto huir y le perseguían. Ya tranquilo, fué a sentarse, viendo solamente libre un asiento al lado de una pizpireta muchachita, vestida con sencillez y muy cargada con flores y paquetes. Tímidamente ocupó aquel asiento.

Empezó a fijarse más detenidamente en su

linda compañera. Era morena, y con unos ojos negros hermosísimos. Su cara, de terciopelo de seda parecía.

Arriesgóse a hablarla:

—¡Qué suerte la mía! Encontrar una com-



—Y usted, es estudiante, ¿verdad?

pañera de viaje tan bonita...

Ella miróle y sonrió agradecida a aquellas frases de elogio.

Momentos después estaban ya en franca conversación. Ella era modista e iba a casa de su madre a llevarla unos regalitos porque era su santo.

—Y usted, es estudiante, ¿verdad?

Confuso, pero ya con la contestación hecha, respondió afirmativamente. Ella volvió a sonreír, contenta por su buen ojo. Le dijo llamarse Angela.

Los dos habían tratado de engañarse, pues si él era Príncipe, ella no era otra que la genial artista Lulú, que habíase arreglado modestamente para presentarse en casa de su madre, mujer pobre y muy digna, que hubiera rehusado todo lo que su hija la hubiera llevado, incluso a ella misma, si hubiera podido sospechar siquiera que su procedencia no era muy lícita.

Le invitó a acompañarla y a comer en casa de su madre. Al Príncipe aquella invitación le vino muy bien, pues tampoco sabía dónde dirigiría sus pasos sin estar en peligro de ser hallado por sus servidores, que le buscarían por todas partes.

En casa de la madre de Lulú celebrábase la fiesta con mucho jolgorio. Allí estaban algunos vecinos, todos gente modesta, que contribuían con su tradicional buen humor a que el ánimo de todos estuviera siempre levantado y dispuesto a bromear. Cuando llegó la chiquilla acompañada de su buen amigo el "estudiante en medicina", las voces y el jaleo fueron en aumento.

Comióse opíparamente. Pero en honor a la verdad hay que decir que quien más saboreó aquellos platos guisados por la mano maestra de una mujer humilde, fué el Príncipe, quien comía con tanto afán, que Lulú se hizo más

firme en su creencia de que era un estudiante y no de una gran casa precisamente.

Hubo baile, jaleo y juerga a granel.

Lulú sentía transformar la simpatía que sintiera por el estudiante en algo que le llegaba al corazón.

Y el Príncipe sentía una inclinación afectuosa hacia aquella modistilla vivaracha, que en aquella casa llevaba la voz cantante de todo, con orden y acierto.

Cuando por la noche se despedían, Lulú dijo a su madre:

—Madre, hoy ha sido para mí un día muy feliz.

*
**

Lulú preparábase hoy a salir con aquel modesto traje de modistilla. Pensaba en la sucesión de cosas nuevas que le habían ocurrido durante los últimos días: la aventura del falso Príncipe, y cómo ésta le había valido el crédito de muchos y la amistad de más; las insinuaciones de amor que le hiciera Bolinsk y que ella se había dignado aceptar, complacida, por los millones del hombre bruto, y la cita que para hoy le diera en su propia casa; finalmente, su estudiante y la cita que también tuviera con él hoy, pero en la estación del ferrocarril, para ir a pasar un día de campo. La doncella entróle una tarjeta de Bolinsk, que en gruesos caracteres trazados a mano, rezaba

“que deseaba ver un momento a la niña de su corazón”.

Pero el desaprensivo habíase introducido tras la doncella, de modo que cuando Lulú levantó los ojos de la tarjeta y vióse con el barbazas frente a sí, que le decía:

—Siempre tan bonita, encantadora Lulú.

Montó en cólera y sin acordarse de que era ella quien le había invitado, exclamó:

—¡Largo de aquí! ¡Ya estoy harta de sus impertinencias!

Y mohino y cabizbajo, desapareció el enfatuado Bolinsk.

Al cabo de un rato presentóse Adolfo Hupert, y Lulú contóle cuanto le había sucedido con el estudiante y con Bolinsk. El la reprendió benévolutamente.

—Pero, Lulú ¿qué has hecho? Acabas de tirar por tierra tu porvenir.

—Estoy enamorada, te lo confieso... Enamorada de verdad.

—Pero ese chico será algún pobrete, y tú...

—Pero es tan guapo... y tan inocente...

Y recordando con alegría infantil la comida en casa de su madre, agregó:

—¡Si hubieras visto con qué afán se comía las tortas que había hecho mi madre!... ¡Pobrecillo!... Tal vez no hubiera probado nunca una cosa tan buena.

Luego siguió confiándose a él. Ella abandonaría su vida de lujos y placer, para convertirse en la sencilla modista que vive y trabaja para su hogar. Para empezar ya, había

decidido vender, mañana mismo, todos los muebles, y como estaba segura de que él no disponía de ningún capital, con el dinero que le produjese la venta montaría un pequeño taller.

—Mira — repuso Hupert—; yo he pensado otra cosa. Ayer conocí a dos diplomáticos extranjeros que buscan una mujer joven, guapa y elegante, para encomendarla cierta misión... Tú podrías encargarte de ésto y ganar en pocos días lo suficiente para instalar tu taller con cierta holgura.

.....

Aquella tarde Lulú y el Príncipe se comportaron como dos verdaderos enamorados. Daba gusto verles cómo, muy apretaditos, cogidos del brazo, iban paseando por el campo, arrullándose cual los tiernos pajarillos con sus trinos.

Ella tan sólo se veía al lado de su novio. Y había olvidado por completo el disgusto que la diera Bolinsk y la proposición que la hiciera el agente artístico.

Sentáronse ante la mesa de un merendero, para tomar un ligero refrigerio. Una pianola, con sus notas musicales, exaltando el amor de Lulú, hizo surgir en el espíritu de la mujercita los más bellos ensueños, cada vez más fuertes, más imperativos...

Tras de unas horas de juvenil alegría, los dos enamorados regresaron a la ciudad; despidiéndose prontamente para poder acudir los

dos donde desde tanto rato les estaban sin duda esperando.

A la tarde siguiente dos señores encopetados y rígidos se presentaron en casa de Lulú. Se inclinaron ante ella con una reverencia calculada matemáticamente.

—Somos los chambelanes de su Alteza el Príncipe de Berania, que se encuentra de incógnito en Berlín.

El más grave de los dos meditó un momento y continuó:

—El joven se evade de nuestra vigilancia y tememos que cometa alguna locura. Este y yo hemos meditado acerca de la conveniencia de buscarle una mujer de belleza y talentos bastantes para interesarle y retenerle, con el fin de que no caiga en manos de aventureras de cierta clase.

Hizo una pausa.

—No dudamos que usted reúne condiciones para nuestro proyecto, y si acepta estamos dispuestos a pagárselo espléndidamente.

—Su proposición me hace muchísima gracia, y, claro, la acepto.

Concretaron todos los detalles, y quedaron en que aquella misma noche en Picadilly, el célebre "cabaret", le presentarían al Príncipe.

Al príncipe Rodolfo no dejó de llamarle la atención el hecho de que sus dos fieles guardadores le propusieran para aquella noche una salida a un *cabaret*. Por otra parte, como no le desagradaba la perspectiva, se preparó, y quedó que iría un poco más tarde que sus

chambelanes, para que éstos pudieran hallarle un palco y quedara reservado para él.

Los chambelanes Pauling y Hermann, satisfechos de lo que ellos creían un plan fantástico, digno de la mente del Canciller de Hierro, dirigieron a casa de Lulú para acompañarla a Picadilly. Por el camino diéronle las últimas instrucciones. Era preciso que el Príncipe cayera en sus redes; ya se lo recomendarían bien.

*
**

Picadilly, centro de placer, donde la carcajada loca es ahogada en la espuma del champán. El movimiento era grande cuando llegaron los dos chambelanes y Lulú, y se instalaron en un palco esperando a su Alteza. El barbazas Bolinsk andaba por allí. Cuando divisó a Lulú que vestía uno de sus regios vestidos de cortesana, dirigióse directamente allí. Y suplicó:

—Concédame un baile... uno solo.

Ella quedóse seria. Y uno de los chambelanes, creyendo arreglarlo, le contestó:

—Pero uno solamente, porque la señorita Lulú está comprometida.

Mientras Lulú bailaba con Bolinsk, llegó Su Alteza. El chambelán Pauling, muy ceremonioso, se dirigió a él en estos términos:

—Vamos a permitirnos presentarlo a la célebre artista Lulú, que muestra interés por conocer a Vuestra Alteza.

Entretanto, el chabelán Hermann salió del palco e internóse entre la masa compacta de los bailadores, recibiendo codazos y pisotones, hasta que tuvo la fortuna de dar con Lulú.

—Venga usted, que ha llegado el Príncipe.



—Vamos a permitirnos presentarle a la célebre artista Lulú, que muestra vivo interés por conocer a Vuestra Alteza.

Soltóse de Bolinsk y dejóle plantado en medio del baile, y completamente admirado de que aún durara para Lulú la racha de Príncipes.

Cuando el estudiante y la modista vieron frente a frente desempeñando nuevos papeles, quedaron ambos grandemente sorprendidos.

—Es una verdadera artista — dijo el Príncipe.

Los dos chambelanes retiráronse prudentemente, y al ver que el Príncipe y Lulú sostenían animado diálogo, frotáronse las manos de satis-



—*Venga usted, que ha llegado el Príncipe.* fación, al ver que su plan salía magnífico, estupendo, y felicitáronse mutuamente por su talento y penetración.

—He tenido ocasión de apreciar su talento artístico representando el papel de modista.

—Le ruego que me escuche. Después podrá juzgarme. Yo no soy lo que a usted le hice creer... Pero desde el momento que le conocí, formé el propósito de cambiar de vida. Porque,

Príncipe o estudiante, rico o pobre, ¡yo te amo!

El parecía haber recibido un rudo golpe, y no pronunciaba palabra.

—Créeme, Rodolfo mío, que por primera vez al verte sentí verdadero amor...

—Has dicho que habías formado el propósito de cambiar de vida... ¿y empiezas a cumplirlo yendo al baile de Picadilly?

—He ido... ¡es preciso que lo sepas todo! porque necesitaba obtener dinero para ayudar a un chico pobre, "estudiante en medicina", que se llama Alejandro. Tú no tendrás celos de ese muchacho, ¿verdad?

Poco después salían los dos muy juntos y se dirijían a la casa de ella. Los chambelanes estaban cada vez más orondos de su mollera, del éxito de la trama que habían preparado, que quedaba confirmado al ver que ella lograba llevarse del cabaret, a los pocos minutos de conocerle.

Ya en su casa ella le reveló todo lo que el estudiante, no el Príncipe, le había hecho sentir: los propósitos de nueva vida y la visita que recibiera de los chambelanes, cuya proposición aceptó por los motivos que ya conocía.

Su acento de sinceridad y sus lágrimas saliendo en raudal continuo de la magnificencia de aquellos ojos, lograron llevar al ánimo del Príncipe Rodolfo el convencimiento de que cuanto le contaba Lulú era verdad. La besó y sintió como las lágrimas de ella también resbalaban por su cara, pero ahora eran gozosas y cantaban el triunfo del amor.

—Creo todo lo que dices, Lulú. Nos iremos a esconder nuestra felicidad entre las poéticas montañas de Suiza. Y allí, solos con la Naturaleza, y libres de los peligros de los hombres. cantaremos la excelsitud de nuestro amor.

*
**

En un pueblecito enclavado en la falda de una montaña, donde todo el año hay nieve, numerosos excursionistas se hospedan, unos en el hotel, grande y confortable, y otros en casas particulares, por tener aquél ya el completo.

Rodeado de espesos bosques, tiene también sus buenas llanuras y pendientes para poder celebrar los concursos de los sports de nieve, que se efectúan cada año.

En una casita sencilla y modesta, pero limpia, tienen la vivienda nuestros dos enamorados, pero, por el carácter alegre y jovial de ambos, y sobre todo por tratarse de personas de calidad, está aquella casita siempre llena de gente joven y bulliciosa. De allí salen hoy la mayoría para dirigirse en caravana al lugar donde se celebra el gran concurso de skis.

Lulú, amorosa, ha acompañado a Rodolfo hasta la misma meta de salida, dándole prudentes consejos para que no se arriesgue, sólo por un trofeo, pues el más grande, el del amor, ya lo ha ganado...

Adolfo, que es un gran sportman, tiene un dominio grande del ski, y efectuando una ca-

rrera soberbia ha llegado el primero. Cuando después, recibía los unánimes aplausos de la colonia, cogióse del brazo de su amada y desapareció, internándose con ella en uno de aquellos bosques, donde se respiraba paz y soledad.

Gozaban ambos, aquellos quince días que duró la estancia en la blanca Suiza, de un bienestar como nunca soñaran. Ambos dedicábase las mejores zalamerías y las mayores delicias: estaban en su verdadera luna de miel.

Cuando la noche empezaba a cubrir con su manto tupido los albores de luz, los dos enamorados llegaron al pueblo, donde ya se les esperaba para tributarles el homenaje que se merecían: por ser él el mejor *skieur*; por ser ella la mujer más hermosa; y por formar los dos la pareja más perfecta y más feliz de la colonia.

Para celebrar la victoria de aquella tarde, Rodolfo proyectó dar un banquete, invitando a todos los *sportmen* que se hallaban entonces en la localidad. Mientras más entusiasmado peroraba, presentáronse los dos chambelanes que le anunciaron la visita del Ministro de Negocios Extranjeros.

—Alteza, vengo en nombre de Su Majestad, para pasarle la orden terminante de que Vuestra Alteza regrese inmediatamente.

—Y ¿por qué tal premura?

No se le pudo contestar concretamente. Era orden del monarca y no cabía darle más explicaciones.

**

La noticia de la partida del Príncipe ha deshecho un banquete, que prometía ser de lo más alegre, pero también ha truncado un corazón que se prometía ser muy feliz...

El despido de los dos enamorados constituyó una emocionante página en su vida. Ella, que ya era "su mujer", aunque no legalmente, y que además no era Princesa para aspirar a hacerle suyo, presentía que esta separación iba a ser eterna. Es más: como mujer, tenía perfectamente desarrollado el don de la intuición y veía con claridad que el llamamiento del Príncipe obedecía a una sola cosa: el casamiento.

El procuraba por todos los medios consolarla y tranquilizarla.

—Te quiero y te querré siempre. Volveré pronto. Confía en mí.

—Yo también te querré siempre. Rodolfo... Pero... ¿volverás?

Al día siguiente, mientras un tren conducía a tierras de Berania a un joven pálido y triste, otro trasladaba a Berlín a una joven ojorosa y desesperada.

**

En la corte de Berania se celebra con gran solemnidad el acto de presentar a los palacios a la princesa Amalfa, de un Estado ve-

cino, que en breve se ha de unir con el heredero del trono.

La princesa Amalfa es guapa, pero no reúne para el Príncipe los encantos de aquella Lulú



... que en breve se ha de unir con el heredero del trono.

lejana, que ahora no es sino un ensueño.

El Príncipe está triste y se comporta en la Corte como un autómatas. Sus movimientos son más mecánicos que naturales. No puede

sustraerse a la visión de su mujercita. Terminada la ceremonia que ha pesado como una losa, se retira a sus habitaciones y empieza a meditar. Lulú para él es una visión que puede tomar forma corpórea con tal de que él diga: ¡quiero!

Sin embargo, por una convención social será siempre el sueño dorado de la ilusión irreal, de lo que no puede ser. Se revuelve contra sí mismo; es un cobarde.

De pronto se levanta fascinado, cambia su uniforme de ceremonia por el traje de chaqueta vulgar. Dentro de media hora sale un tren. Prepara rápidamente un maletín de viaje y saltando por la ventana al jardín, cual hiciera ya otra vez, desaparece rápidamente.

Paulig, el chambelán, es quien primero advierte la ausencia del Príncipe. Pónese en movimiento todo el palacio, inútilmente. Por algunos que le han visto, sácase la deducción de que ha tomado el express de Berlín.

En tal apuro los chambelanes, se ven obligados a comunicar a Sus Majestades la trama que proyectaron para que el Príncipe, en su inexperiencia, no cayera en manos de alguna aventurera, y del feliz resultado que en principio obtuvieron. Pero que, enamorado, al parecer, de Lulú, había ahora regresado sin duda alguna a su lado.

—Aquella mujer había logrado enamorar a Su Alteza. Al Príncipe le costó un gran esfuerzo separarse de ella.

—Telegrafía a nuestro Embajador en Ber-

lín para que procure verse inmediatamente con esa mujer.

Esta fué la orden que los chambelanes recibieron del Monarca; el objeto era que el embajador se entrevistase con Lulú y la hiciera desistir de su amor por el Príncipe. En el telegrama iban toda clase de datos para el mejor resultado de la gestión.

**

El pensamiento y la voluntad de Lulú, evadiéndose de la realidad que la rodeaba, habían volado en pos del hombre amado.

Una tristeza infinita habíase apoderado de ella al habitar de nuevo su casa suntuosa, aquella casa que días antes quería renunciar para ayudar a un estudiante pobre. Estaba sumida hacía varios días en uno de estos estados de alelamiento en que lo mismo hubiera aceptado la muerte que el amor del repugnante Bolinsk.

Simultáneamente llamaron a la puerta el portero con un telegrama y el barbudo Bolinsk. Dió orden a la doncella de que le pasara al salón. Acaso se decidiera a aceptar la amistad que aquel hombre tan rico como porfiado la ofreciera.

Leyó. Un grito de alegría salió de su garganta.

*Llegaré esta noche. Impaciente por verte.
Rodolfo*

¡Era él; él que volvía a su lado!

—Mande a paseo a ese insolente de Bolinsk.
¡Que no quiero ni verle!

Bolinsk oyó estas palabras perfectamente, e iba a marcharse rabioso. Contúvose, no obstante; acababa de oír el timbre de la puerta y no era cosa de dar un espectáculo, y mucho menos la sensación de su insistencia y de su fracaso amoroso.

Nueva tarjeta le pasaron a Lulú. Rezaba así:

BARON DE PHILIPOFF

Embajador de Berania

en Berlín

Presintió algo grave. Que iban a robarle su amor: ahora que ya lo tenía tan cerca...
¡No podía ser!

Grave y ceremonioso el barón de Philipoff dijo no querer ofender la dignidad de una dama, cuyos elevados sentimientos conocía de antemano, al ir a someterle un caso grave, cuya solución estaba en sus manos.

El príncipe Rodolfo carecía de experiencia y habíase enamorado de ella, como podía haberse enamorado de cualquier otra mujer que le hubieran presentado antes. Su pasión, por otra parte, era muy justa, pues reconocía que Lulú, como mujer, era digna de cualquier hombre de la tierra. Pero... había que establecer una diferencia entre un Príncipe... y... una cortesana. Estaba, desde luego, dispuesto a

garantizarle unas rentas mientras viviera... y podía pedir...

Irguióse, ofendida.

—Yo amo al Príncipe. Y mi amor es sincero y leal, y firme. No quiero dinero, sino su amor.

—Motivo de más para que usted haga un sacrificio en beneficio de Su Alteza. Lo requieren razones de Estado, unos padres, que aunque reyes, son también padres, y sobre todo, el bienestar, la felicidad del Príncipe.

Ella empezó a vacilar. Ya no se sentía tan firme. Era por "su" felicidad.

—¡Es para mí tan horrible sacrificio renunciar al amor del Príncipe!...

—Le repito que el verdadero amor es un continuo sacrificio; y si usted ama al Príncipe debe apartarse de su camino para no privarle de su tranquilidad, para no estorbar su futura suerte.

Y ante la conveniencia del hombre adorado, Lulú aceptó el sacrificio y ahogando su amor decidió poner un valladar que los separase.

Preguntó a la doncella por Bolinsk; había marchado hecho una furia.

Telefonó a su casa. En aquel momento se hallaba con algunos amigos, jugando y bebiendo. Cuando oyó lo que Lulú le decía, empezó a dar salvajes saltos de satisfacción.

—Está bien. Entonces lo celebraremos en su casa con una gran fiesta. Yo mandaré música, champán...

Colgó el aparato y siguió dando muestras de gran alegría.

—Soy un hombre feliz... Por fin Lulú me quiere.

Recibió la felicitación de sus amigos, y él, orgulloso siempre de su dinero, apoyó:

—Ya verán ustedes si Bolinsk no sabe hacer las cosas mejor que un principillo.

*
**

En casa de Lulú la luz salía a raudales por puertas y ventanas. En consonancia con la luz iban el bullicio y la alegría de un sin fin de gente que acudieron más que a la invitación rápida de Bolinsk a ver cómo éste sabía portarse como un potentado al lograr reducir a la orgullosa Lulú.

Un ir y venir incesante de criados con bandejas; el ligero y simpático sonido de las copas de fino cristal al chocar entre sí en estruendosos brindis; alguna que otra botella de champán que al descorcharse disparaba el tapón como un proyectil, produciendo un discordante sonido compañero del Jazz-Band.

En el salón principal dos bandas alternaban en sus bailables, que eran, más que bailados, coreados por aquellos invitados que empezaban a ver la luz más azul y más carnada...

Bolinsk, que se había presentado pulcramente vestido de frac, llevaba hasta la barba arreglada por la mano del peluquero.

Lulú tenía una angustia en el corazón. No podía ya más. Pero tenía que apurar la hiel hasta el final; sino, de nada valdría su noble sacrificio. Aquella noche aún no había bailado saliendo con excusas a las repetidas invitaciones de Bolinsk.

De pronto su semblante mudó de color. De pálida que estaba tornóse lívida. En la puerta del salón se recortaba la silueta de Rodolfo. Allí empezó su calvario. Agarróse a Bolinsk y empezó a bailar con él furiosamente, llevándole cual si fuera un monigote.

Le soltó y exclamó con voz fuerte.

—¡Música!... ¡Música! ¡Es preciso estar muy alegres!

Y haciendo gala de su arte empezó a bailar sola una lujuriosa danza, digna de las odaliscas de un sultán.

Con el semblante transformado, presentóse Rodolfo ante ella. Con rabia, casi con odio, dijo:

—¡Lulú! ¿Es esto lo que me prometiste? ¡Qué pronto has olvidado tus juramentos!

Ella rióse del infeliz:

—El amor inocente queda para las modistillas y los estudiantes.

Le volvió la espalda y volvió a gritar, esta vez frenética, para no llorar:

—¡Más música!... ¡Las dos bandas a tocar!

Con el corazón destrozado, salió Rodolfo. Mas al pasar por el coquetón saloncito donde Lulú recibía a sus íntimos, sus ojos tropezaron con algo que le intrigó. Era la tarjeta del barón de Philipoff. En seguida hízose cargo



—¡Música!... ¡Música!... ¡Es preciso estar muy alegres!...

de lo que había ocurrido. Imperioso, llamó a Lulú. Esta se acercó, mansa como una oveja.

—Ya veo que la diplomacia ha vencido al amor.

Ella, la infeliz, que ya no podía resistir por más tiempo aquella situación imposible, tuvo que confesar todo lo acaecido. Y viendo

que él la estrechaba en sus brazos, queriéndola más por la noble constitución de su corazón, terminó:

—Esto era una obligada farsa para ahogar mi amor... ¡Pero ya que has vuelto a mis bra-



—¡Más música!... ¡Las dos bandas a tocar!...

zos, que sea para siempre!

A fuera resonaban las voces de ¡Viva Bolinsk! ¡Viva el hombre feliz!

Pero él, que, silencioso, acababa de presenciar la escena, contestó:

—¡Soy un desgraciado!

*
**

Y Su Majestad el Corazón, el mayor tirano del mundo, hizo que el Príncipe, desdiciendo los faustos de su jerarquía, se uniera para toda la vida con la mujer adorada.

FIN

Próximo número:

La preciosa novela

EL CISNECreación de Adolphe Menjou, Ricardo Cortez,
Frances Howard, etc.

Postal-fotografía-regalo: JETTA GOUDAL.

La Novela Semanal Cinematográfica

Sale todos los miércoles : Precio **25** cts.**¡SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS!**

No deje usted de comprar

EL COCHE N.º 13Versión moderna de la célebre novela de
Xavier de Montépin

EDICIONES ESPECIALES

de La Novela Semanal Cinematográfica